AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Josefina se casa

COMEDIA

EN UN ACTO, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

A Eustaquio Salado, con mucha admiración

Augusto Martínez Olmedilla

JOSEFINA SE CASA

JOSEFINA SE CASA

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Estrenada en el SALÓN NACIONAL de Madrid, el 15 de Abril de 1911

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

A José Ortiz de Pinedo,

gran poeta, gran amigo. En pago de una deuda de gratitud.

A. M. O.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
JOSEFINA (25 años).................		Srta. Hermán.
ENCARNACIÓN (22 íd.) amiga de Josefina............................		Valentín.
ROSA (26 íd.).......	Costureras (1)..	Sra. Ezquerra.
FILOMENA (23 íd.)..		Srta. Vega.
ELEUTERIA (28 íd.).		Ruiz.
RAFAELA (20 íd.) doncella...........		Barroeta.
VÍCTOR (23 íd.) gomoso; hermano de Josefina............................		Sr. Azaña.

La acción en Madrid.—Época actual

(1) Rosa y Filomena son lindas; Eleuteria es fea.



ACTO UNICO

Un cuarto de costura, sencillamente decorado: un balcón al foro. Una puerta á la derecha. Junto al balcón, una máquina de coser, manejada por Eleuteria.

ESCENA PRIMERA

ROSA, FILOMENA y ELEUTERIA cosiendo junto al balcón

Rosa (Cantando con música de «El pobre Valbuena».)
«Sienta, moreno, plaza,
para que lleves...

Fil.
Eleu. } (Idem.) ¡Pom-pón!

Rosa (Ídem.)
Lo que más se destaca
del batallón...

Fil.
Eleu. } (Idem.) ¡Pom-pón!»

Fil. (Hablado.) Rosa, ¿tienes por ahí el algodón *perlé?*

Rosa Me parece que está en el cajoncillo de los hilos.

Fil. (Buscándolo en el cajoncillo.) No está.

Rosa Tienes razón: lo tenía yo en la falda. Ahí va. (Se lo echa á Filomena y sigue cantando.)
«Que ha sido el entusiasmo
de las mujeres...»

Eleu. Rosa, ¿me das las tijeras?

Rosa ¡Vaya por Dios! Que siempre habéis de tener á Rosa como palillo de suplicación... Tómalas. Pero, ¿no tienes las tuyas?

Eleu. Sí, pero están que cortan el requesón á tres golpes. Tengo que mandarlas afilar.

Fil. ¿Sabéis que aprieta el calorcito?

Rosa ¡Vaya si aprieta! Y aquí mucho más: las tres apiñadas, junto al balcón...

Eleu. ¡Dichosas vosotras! Por lo menos, podéis quejaros. En cambio yo, cuando la primavera pasada tuve el tifus, ofrecí no quejarme de calor ni de frío un año entero. Y os aseguro que me cuesta trabajo contenerme.

Rosa ¿Y no se te escapa nunca?

Eleu. Alguna vez: y tengo que rezar cien padrenuestros en castigo.

Fil. Pues sí que estás divertida.

Rosa (Cantando.)

«Sienta, moreno, plaza,
para que lleves...»

(Hablado.) Y á todas estas, ¿se sabe cuándo se casa la señorita Josefina?

Eleu. Mujer, eso tú debías saberlo mejor que nadie.

Rosa ¿Yo? ¿Por qué?

Eleu. Porque como su hermano, el señorito Víctor, te distingue...

Rosa (Encrespada.) ¿A mí? ¡Estás tú fresca! Si quisiera novio, me sobrarían de mi clase. No me gustan los señoritos para nada. Y, si alguna vez me diera por ahí, no sería con el señorito Víctor. No es de los que alucinan. Ya que el diablo la lleve á una, que sea en coche.

Eleu. No sabía yo que picabas tan alto, chica. Pensé que te darías con un canto en los dientes...

Rosa (Secamente.) Pues no me doy, ea. ¿Quiés más?

Fil. ¡Vaya, chicas, pues no os ponéis poco tontas! Ni que te hubiá llamao perra judía...

Rosa Es que son bromas necias.

Fil. Pues yo creo que ahora es cuando va de veras la boda. Estuvo detenida una temporada, no sé por qué.

Eleu. Yo oí decir que el señorito Pepe, el novio, quería romper las relaciones, porque la señorita Josefina no era bastante rica pa él.

Fil. Pues á mí me dijeron otra cosa: que la señorita Josefina tuvo allá, de muchachita,

apenas puesta de largo, otro novio; y que ahora, el tal, se metía por medio, amenazando con enseñar unas cartas... ó no se qué...

Rosa Pues tan falso es lo uno como lo otro: ni el señorito Pepe va buscando el *conquibus*, porque no le hace falta, ni la señorita Josefina tié nada que temer de nadie. ¡Pues vaya con la gente y qué cosas inventa! Lo que hay, si es que hay algo, es que la señorita estaba delicada de salud, y no quería casarse hasta estar buena del todo... Y parece ser que ahora ya lo está, y por eso es el activar la boda y el llamarnos á nosotras pa que trabajemos deprisa en el ajuar.

Fil. ¡También es gusto! Hacerlo en casa, con esas tiendas que hay por ahí que quitan el sentido. Lo que es, si yo fuera ella, no miraría el gasto: así como así, no se casa una tóos los días.

Rosa Es que ella tampoco lo hace por tacañería. ¡Pues digo! En dos establecimientos de los más lujosos, que yo sepa, le hacen ropa interior de lo más fino: camisas, pantalones, enaguas de encajes, por docenas. Y de juegos de cama, no hay que hablar. Pero dice que quiere llevar algo hecho en casa, dirigido por ella. Y, sobre todo, que no nos importa. ¿No nos paga bien? ¿No es la mejor parroquiana, que ni riñe ni molesta? ¡Pues entonces!...

Fil. ¡Bueno, chica! Pero de algo se ha de hablar; no vamos á coser rezando el rosario. ¿Quién tiene un abanico de más? Estoy que me liquido.

Rosa ¡Ya, ya!... ¡Vaya un diíta!

Eleu. ¡Jesús, qué ca...! Nada, me parece que hoy se me escapa.

Rosa Pues sí que estás tú tonta con tu promesa... Total, por haber estao mala. ¡Vaya una cosa! Si fuera por algo más interesante... Por haber sacao novio, pongo por caso.

Eleu. (Picada.) Para eso no necesito hacer votos.

Rosa (Con sorna.) ¿De veras?

Eleu. Y tan de veras. Como que hace dos meses que hablo con uno.

Rosa Pues hablarás por teléfono, porque nadie te ha visto junto á un hombre.

Eleu. (Encrespada.) Pues á pesar de todo... ¡Vamos! Ni que tú fueras una Venus y las demás unos adefesios... Lo que pasa, es que algunas se comen á los hombres, y otras tienen su miaja de recato, y cuando ven á hombre, poco menos que echan á correr.

Rosa (Zumbona.) ¿Hacia él?

Eleu. (Furiosa.) Eso hace alguna... que yo me sé y y me callo.

Rosa Pues haces mal en callártelo si lo sabes.

Eleu. Es que si me tiran de la lengua, lo diré clarito...

Fil. ¡Vamos, niñas! Haya paz, que no es la cosa pa tanto...

Eleut. Es que Rosa...

Rosa No digas que es Rosa: dí que tú...

Fil. ¡Vaya! Ni una ni otra. A callarse tocan. O mejor dicho, á cantar, como antes. (Canta.)

Sienta, moreno, plaza,
para que lleves...

Rosa
Eleut. } ¡Pom-pón!

Fil. Lo que más se destaca
del batallón...

Rosa
Fil. } ¡Pom-pón!

ESCENA II

DICHAS; VÍCTOR por la derecha

Víctor (Aplaudiendo á las cantatrices.) ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Bis, bis!

Eleut. Ya tienes aquí al señorito Víctor, Rosa.

Rosa (Malhumorada.) Ya le veo.

Víctor (Sentándose junto á Rosa.) Pero que muy bien cantado... Palabra... Cantan ustedes con mucho sentimiento... Y yo vengo á acompañarlas... en el sentimiento... ¡Je, je! ¡Qué frasecita! ¿Verdad? ¡Qué frasecita!... Ustedes, tan trabajadoras como siempre, ¿verdad? Rosita bordando primorosamente... ¿Qué borda usted, Rosita?

Rosa (Secamente.) Una sábana.

Víctor ¡Admirable! ¿Y Filomena, qué hace?

Fil. Pues ya ve usted... Pasando estas cintas por una camisa.

Víctor Muy bien, muy bien.

Eleut. (Viendo que Víctor no se dirige á ella, le dice:) ¿Y esta falda? ¿Qué le parece á usted, señorito?

Víctor (Indiferente: no hay que olvidar que Eleuteria es fea.) No está mal. Pero el color no me agrada. ¿A que no saben ustedes qué color es mi predilecto?

Fil. El verde.

Víctor No, no.

Rosa El lila.

Víctor ¡Je, je! No está mal, no está mal. Pero tampoco es ese. El que más me gusta, es el color de rosa. (Intencionadamente, mirando á Rosa.)

Eleut. (Despechada.) Ya me lo figuraba yo. Hace un momento se lo decía yo á éstas. ¿Verdad, Rosa?

Rosa (Descompuesta.) Yo no he oído nada de eso. ¡Vaya con la muy simple!

Víctor (A Eleuteria.) ¿De modo que usted lo había adivinado? Pues voy á adivinar ahora qué flor es la que usted prefiere.

Eleut. (Muy halagada.) Vamos á ver si acierta, señorito.

Víctor ¡Como si lo viera! Un dondiego de noche.

Eleut. ¡Uy! ¿Pero eso es una flor, ó un insulto? (Rosa y Filomena se ríen.)

Fil. No, mujer: es una flor muy bonita.

Eleut. Pues no la conozco. Y si es una indirecta, hace mal el señorito, porque yo soy una muchacha decente.

Víctor ¡Vamos, Eleuteria, que todo se sabe! ¡Que el domingo estaba usted oyendo misa en la catedral!

Eleut. (Azorada.) Sí, señor; porque me coge cerca de casa. Pero eso no tiene nada de malo.

Víctor Claro que no. Lo que ya no es tan bueno, es que estuviese usted sin pizca de devoción, mirando á la puerta.

Eleut. ¿Yo? ¡Jesús me valga! El señorito me confundió con otra.

Víctor ¡Ca! Estoy seguro: era usted. Venga volver la cara y mirar á la puerta.

Rosa (Zumbona.) ¡Vaya, Eleuteria, qué callado lo tenías!

Fil. Esperando á alguno, de fijo...

Eleut. (Muy azorada.) Señorito, eso no es cierto.

Víctor ¡Nada, nada! Hay que ser más formales en misa, Eleuteria. Nada de hacer cucamonas ni de quitar la devoción á los fieles.

Eleut. ¡Señorito, que afán de mortificarla á una!

Víctor Otro día que suceda lo mismo, la llamo á usted al orden: no es cosa de tolerar semejante desacato.

Eleut. (Deseosa de terminar la broma.) Pero, señorito, ¿es usted sacristán?

Víctor No: soy perrero. ¡Je, je!

Eleut. (Ofendida.) ¡Pues me gusta! ¡Vaya con el hombre!

Rosa (Me alegro, me alegro y me alegro: chúpate esa.)

Fil. A ver, Rosa, alárgame el acerico.

Rosa (Dándoselo.) Ahí va.

Fil. (Toma unos alfileres y se los pone en la boca.) Gracias: no era más que para coger unos cuan tos alfileres.

Víctor ¿Y se los pone usted en la boca?

Fil. Es costumbre.

Víctor Pues á ver si se los traga usted..

Fil. ¡Bah! Nunca me ocurre. Pero tampoco me pasaría nada. Una hermana mía se tragó una aguja, y como si tal cosa.

Víctor Es que las agujas hacen menos daño. Yo conocía á uno que se tragó seis seguidas.

Fil. ¡Qué atrocidad!

Víctor Es que eran agujas de ternera. ¡Je, je! Este se me ha ocurrido ahora mismo. Mañana lo contaré en el bar.

Fil. ¡Ay, qué señorito este! Siempre de tan buen humor.

Víctor No puedo remediarlo: en cuanto estoy entre varias personas, sobre todo si son muchachas, no paran de reirse.

Rosa ¿De usted?

Víctor Nada de eso, Rosita: conmigo.

Fil. ¿Y no se anima usted á casarse? Ahora que lo ve usted tan de cerca, entrará en ganas.

Víctor ¡Uy, casarme! Eso es muy grave, Filomena: mucho más grave de lo que parece. Hace

dos años, quisieron arreglarme un noviazgo con mi prima Lulú, y ya estuve *si cade ó non cade...* Pero me escapé, sin quedar mal, con un pretexto la mar de ingenioso. ¿No saben cuál? Pues diciendo que, según los sabios, los hijos habidos entre parientes próximos, suelen resultar imbéciles. Y todos me dieron la razón, y mi prima no se enfadó conmigo. Hay que tener pesqui para todo.

Eleut. Diga usted, señorito, y dispense la pregunta: ¿su mamá de usted era prima de su papá?

Víctor No: ¿por qué lo pregunta usted? (Rosa y Filomena pugnan por soltar la carcajada.)

Eleut. Por nada.... Una curiosidad como otra cualquiera. (Pues no lo ha entendido: ¡qué lástima!)

Víctor El día que yo piense en casarme, ha de ser con una mujer que me guste de veras... Sin mirar si es rica ó pobre... Conque sea guapa me bastará... Una mujer, en cuyos ojos brillen rayos de sol, y cuyas manos, aunque manejen una aguja, tengan blancura de nácar y suavidad de raso... (Insinuándose con Rosa.)

Fil. ¡Venga un abanico! ¡Que se eleva la temperatura!

Eleut. Ya, ya, hija. ¡Jésús, qué ca...! (Deteniéndose para no quebrantar su promesa.)

Víctor (Sorprendido por la exclamación de Eleuteria.) ¡Caracoles! ¿Qué iba á decir Eleutería?

Eleut. Nada: es un voto...

Víctor ¿Un voto? Pues parecía un juramento.

Eleut. Es que he hecho promesa de no quejarme del calor.

Víctor ¡Ah, vamos!

Eleut. Y hay veces en que se hace dificil cumplir el ofrecimiento.

Víctor (Sin advertir la reticencia.) La verdad es que hoy aprieta de veras. Pues decía que mis ideas no pueden ser más desinteresadas; pero á lo mejor, vacilo ante una determinación de trascendencia; y no me decido á hablar claro, temiendo perder el principio de autoridad sobre la mujer que me agrada...

Rosa (Dejando de coser, en actitud resuelta, decidida á

afrontar la situación cara á cara.) Y hace usted bien, porque pudiera perder cualquier otra cosa, además...

Víctor ¿Otra cosa?

Rosa Alguna muela, por ejemplo...

Víctor ¡Demonio!

Rosa Sí, señor; las cosas claras. Usted me anda haciendo la rosca, y á mí no me conviene: lo uno, porque no me gusta usted, y usted perdone la franqueza: y lo otro, porque ya sabemos los puntos que calza el señorito; que no hace tanto tiempo que pasó lo de la pobre Felisa...

Víctor (Tratando de fingir indiferencia.) ¿La pobre Felisa? ¿Y yo qué tengo que ver con la pobre Felisa?

Rosa ¡No, si es usted un inocente! ¡Si ya nadie se acuerda de aquello! El año pasao, la Felisa, cosiendo aquí, como nosotras ahora. Llega Carnaval, y usted la convida y la osequia con un disfraz pa lucirse en los bailes. Iba preciosa, con un bebé azul, de seda... ¡Pues na! No hace un mes, la he visto en la calle... También llevaba un bebé precioso: ¡pero en los brazos, y nó de seda, sino de carne y hueso!

Víctor (Cómicaménte indignado.) ¡Rosa! ¡Eso que usted dice, es una calumnia!

Rosa ¡Pobrecito! Si le van á canonizar á usted un día de estos...

Víctor Si continúa usted levantando falsos testimonios, no irá al paraíso.

Rosa Ni falta. Prefiero ir á delantera.

Víctor (Insinuante: mirando al pecho de Rosa.) Y tiene usted razón: hay delanteras á las que yo me abonaría.

Rosa Ya ve usted por dónde tenemos el mismo gusto.

Fil. Le advierto á usted, señorito, que el coche de su hermana, acaba de entrar en el jardín.

Víctor Bueno: ¿y qué hay con eso?

Fil. Nada... Como otras veces no le gusta que venga usted...

Víctor Pues como si le gustase. ¡Pues hombre! ¿Nó voy á tener libertad para estar donde quiera en mi casa? ¡No faltaba más!

Jos. (Dentro.) ¿Pero todavía no se han ido?

Fil. ¿No oye usted? Ya está ahí.

Víctor (Buscando donde esconderse.) ¡Caracoles, que era verdad! ¿Dónde me meto?

ESCENA III

DICHOS, JOSEFINA

Jos. Ya estoy de vuelta... ¡Pero, Víctor! ¿Tú por aquí? ¿Se puede saber qué es lo que se te ha perdido en el cuarto de costura?

Víctor No se me ha perdido nada. Acababa de entrar, y ya me iba. Que digan éstas si no es verdad...

Jos. No; éstas no tienen que decir nada: eres tú quien debe evitar ciertas cosas... Ya sabes que á mí no me gusta, ni á papá tampoco,..

Víctor (Echándolo á broma.) Está bien. ¿Manda algo más vuecencia?

Jos. Bueno: tú échalo á broma...

Víctor Como vas á ser capitana, me tratas como á un recluta. ¡A la orden! (Cuadrándose militarmente.)

Jos. (Jovial.) Anda de ahí, gatera... (Vase Víctor.)

ESCENA IV

DICHOS menos VÍCTOR

Jos. ¿Ha cometido alguna inconveniencia mi hermano?... En el fondo es un chiquillo; pero á lo mejor, tiene cosas...

Fil. No, señorita: no ha pasado nada.

Jos. Más vale así. ¿Habéis trabajado mucho?

Rosa Regular, señorita: vea usted.

Jos. (Examinando las labores.) Bien. Así me gusta. Os estais haciendo acreedoras á mi agradecimiento. Pero, á todas estas, ya es hora de que os vayais á comer... ¿En qué estais pensando? ¡Vamos, vivito!

Eleut. Esperábamos que volviera la señorita, para marcharnos.

Jos. Pues ya estoy. Recoged pronto. (Las costureras obedecen.)

Rosa
Fil.
Eleut. (Poniéndose sus velos.) Hasta luego, señorita.

Jos. Id con Dios. (Vanse las costureras.)

ESCENA V

JOSEFINA; después, ENCARNACIÓN

Jos. ¡Ay! Me parece mentira... ¡Por fin va á llegar!... Todo llega en este mundo: todo llega... Qué alegría... y al mismo tiempo, qué gana de llorar... ¡Vamos! ¡Qué tontería! ¿Pues no se me saltan las lágrimas? Al contrario: es día de regocijo, de satisfacción... (Prestando atención hacia la puerta.) ¿A ver? Parece que hablan en el pasillo... Y preguntan por mí...

Enc. (Dentro.) No hay que avisarla. Yo pasaré al cuarto de costura.

Jos. (Con alegría.) ¡Si es Encarnación! (Encarnación entra.) ¡Encarnación!

Enc. ¡Josefina! (Se abrazan.) Mujer, vengo corriendo: he querido que mi enhorabuena sea la primera que recibas, ó por lo menos, una de las primeras. Llegó papá á casa hace un rato, y me enseñó el periódico:—«¿No sabes? Josefina se casa: aquí lo dice.»—Y yo leía el suelto, y no quería creer la noticia. ¿Cómo es posible que lo tuvieras tan callado? ¡Yo, tu amiga íntima, tu mejor amiga, según me has dicho muchas veces, no sabía nada! Si no fuera porque tu felicidad me alegra tanto como la mía propia, me enfadaba contigo. ¡Pues hombre! Me gusta...

Jos. Pero verás, si todo tiene su explicación...

Enc. (Atajándola.) ¡No me digas nada! No he de perdonarte. No admito explicaciones ni disculpas. Aquí no hay más, sino que eres una mala amiga. Claro es, que ahora no nos visitamos muy á menudo, porque vivimos lejos; pero no hace quince días, cuando nos vimos por última vez, nada me dijiste; es más, yo te pregunté: «¿Cuándo te casas? Y tú—¡hipocritona!—respondiste muy seria, como si no soltaras una mentira enorme: «No sé nada... Probablemente, nunca.»

Jos. Encarnación, si no me dejas hablar...

Enc. ¿Para qué? ¿Para que me engatuses con cuatro palabras bonitas? Si ya sé que labia es lo que te sobra. Pues no te dejo. Por lo menos, tengo que desahogâr toda la bilis que traía contra tí. ¡Mala amiga!... Y ahora que me fijo... ¿Sabes que con la emoción me he curado?

Jos. ¿Pues qué tenías?

Enc. Una ronquera horrible. Ayer estuve lavando una blusilla de encaje, que no se la dejo á la lavandera, porque me la destrozaría, y no están los tiempos para despilfarros. Y, sin duda por eso, esta mañana, me desperté completamente afónica. ¡Ya ves tú, qué cosa más rara! ¡Quedarme ronca, por haberme mojado los brazos!

Jos. Es natural, hija mía: ¿no ves que hablas por los codos?

Enc. (Riendo.) ¡Eso será!... ¿Ves tú como soy? Ya lo echo á broma. Acabaré por darte la razón en todo.

Jos. Hasta tienes que agradecerme por haberte curado. Siquiera por eso te debes alegrar de mi conducta aleve.

Enc. Para alegrarme me basta con verte feliz. Ya sabes que desde nuestros tiempos de colegialas te he querido fraternalmente. Más que tú á mí.

Jos. No digas eso. Tanto, si acaso. Pero vengamos á cuentas: yo también tengo mis quejas para contigo... Yo no te había dicho que me caso: tú, hasta me ocultas que tienes novio.

Enc. ¡Vamos! Ya lo sabes.

Jos. ¿Lo ves? No me han engañado. Sé que estás en relaciones, y relaciones serias.

Enc. Más que serias: aburridas.

Jos. Y que tu novio es un alto empleado.

Enc. Un empleado alto, querrás decir: que no es lo mismo, precisamente. No cabe por esa puerta; pero su sueldo, queda muy bajo. Ya sabes que yo siempre era refractaria al matrimonio.

Jos. Recuerdo que tenías unas ideas muy raras en la materia...

Enc. Las mismas que sigo profesando. Yo quisiera ser viuda, sin haber estado casada nunca. Gozar de libertad para todo, sin que un papá ó un marido tengan derecho para fiscalizar mis actos: no aguantar impertinencias ajenas, ni llevar el genio á otra persona... Por algo dicen que la viudez es el tercer entorchado para las mujeres... Con decirte que si hice caso á mi novio, es porque tiene aspecto muy enfermizo, y creo que duraría poco...

Jos. (Riendo.) ¡Mujer, por Dios! ¡Qué disparates dices!

Enc. ¿Ves? Ya estás tomando en serio mis cosas, y creerás, si á mano viene, que soy capaz de dar jicarazo á mi marido... Pero nos apartamos de la cuestión: todo esto, será cuenta mía y del que tenga el mal gusto de casarse conmigo. Lo interesante ahora, es hablar de tí. ¿Cómo es que te casas tan de repente? ¿Por qué habías reñido con tu novio? ¿Es el de ahora el mismo de antes? ¿O es que no me quieres decir nada? Pues dímelo clarito, y me marcho, y en paz... (Levantándose, como con ánimo de irse.)

Jos. ¡Mujer si no me dejas meter baza, si estás hecha una tarabilla! ¿Me prometes callarte unos minutos siquiera?

Enc. Haré un esfuerzo. (Vuelve á sentarse.)

Jos. Pues verás. De mis relaciones, ya tenías noticia: empezaron á poco de salir del colegio. Y también sabes quién era el novío.

Enc. Sí: Pepe Solares, capitán de ingenieros; un muchacho muy simpático, y de gran porvenir: buena presencia, excelente educación... Me hubiera gustado mucho, si no fuera porque es tu novio... y porque está demasiado sano. Sigue.

Jos. Recordarás que hace medio año, se habló de casamiento.

Enc. ¿No he de acordarme? Como que compré mi corrrespondiente regalito: una figura de terracota, que entonces eran un preciosidad, y ahora está completamente fané. Figúrate que era una dama vestida á la moda. A la moda de entonces, es claro. ¡Excuso decirte,

despues de seis meses! Un adefesio. Continúa.

Jos. También estarás enterada de que por entonces caí enferma, y de que á raíz de mi enfermedad se aplazó indefinidamente la boda.

Enc. Claro que lo sé. Y desde entonces, enflaqueciste y te desmejoraste, hasta el extremo de parecer otra. Todos lo atribuíamos al disgusto de los amores aplazados, porque por la enfermedad, no sería: ¡total, un catarrillo sin importancia! No era para tanto.

Jos. Pues os equivocásteis todos: si se aplazó la boda, fué por mi exclusivo y único deseo. Tú sabes que mi pobre madre murió muy joven. A mi edad, poco más ó menos, meses antes de casarse, había tenido una bronquitis, un catarro leve, según los médicos; pero que dejó lesionados sus pulmones, y á la larga produjo la tísis, de la cual murió.

Enc. Lo sabía. Tú eras entonces una criatura.

Jos. Cuatro años, escasamente. Mi hermano Víctor, tenía dos. No he de hablarte de nuestra infancia tristísima, en poder de criados, forzosamente desatendidos por mi padre, que, enfrascado en sus negocios, harto hizo con no darnos una madrastra... Luego, mi vida en el colegio, privada de cariño, temiendo que llegaran las vacaciones, ya que no habían de aguardar mi regreso los brazos amantísimos de una madre...

Enc. Es verdad... ¡Pobre Josefina!

Jos. Salí por fin del colegio. Poco después, comenzaron mis relaciones con Pepe, al que quise con toda el ansia de quien no ha sentido jamás un amor verdadero hacia nadie... El me quiso tanto como yo á él: me dió pruebas de ello. Nada se oponía á nuestra felicidad: la boda se preparó rápidamente... Aquella indisposición mía, dió al traste con todo.

Enc. Pero ¿por qué?

Jos. Porque creí que estaba gravemente enferma. El recuerdo de la tísis que padeció mi madre, á consecuencia de un catarro análogo al mío, se me incrustó en el cerebro, sin

que bastasen á disuadirme los razonamientos empleados por unos y otros. ¡Con qué claridad llegué á verme presa del tremendo mal, incurable, sin más esperanza que la muerte!

Enc. ¡Pero mujer, qué tontería!

Jos. Hoy creo también que fuí una tonta: entonces no podía creerlo. Aunque la enfermedad fué leve, la convalecencia se desarrollaba con desesperante lentitud: hubo un día en que, al toser, teñí el pañuelo con una mancha roja... El espanto que me acometió no es para descrito. Y, ante todo, procuré desligarme de mis compromisos matrimoniales. ¿No hubiera sido un crimen horrible casarme en aquellas circunstancias? Escribí á Pepe noticiándole mi decisión de suspender la boda. Vino á verme; tuvimos varias entrevístas, á las que asistió mi padre, tan sorprendido como todos de mi resolución... Pero no consiguieron convencerme: yo estaba muy enferma y no me debía casar... Por fin, Pepe se resignó, aunque suponiendo que aquello fuese una genialidad mía: «El día que cambies de parecer—me díjo—avísame y volveré á tu lado: no puedo creer que perdure en ti esta chiquillada sin fundamento.»—Y pidió el traslado á Barcelona, donde todavía reside.

Enc. ¡Ahora lo comprendo todo!—como dicen en el desenlace de las comedias.—Pues para que veas lo que son las cosas: todos supusimos que era él quien te había dejado, poniendo tierra por medio.

Jos. Ya comprendes que yo no había de engañarte...

Enc. ¡Mujer! ¡Qué cosas tienes!

Jos. Además, los hechos confirmarán mis palabras. Renuncio á referirte las zozobras, los tormentos por que pasé al destruir de aquel modo la felicidad de mi vida. Mil veces vacilé ante la idea de llamarle para que viniese junto á mí. Pero cumplía un deber, y era necesario sobreponerse á todo. Para confortarme, recordaba el caso de una familia amiga de casa: el marido estaba tísico; la

mujer, no; pero acabó por perder la sana robustez de sus mocedades. Tuvieron un niño: ¡ángel de Dios! Desmedrado, raquítico, sin condiciones de vida. A los pocos meses de nacer murió asesinado por la maldita herencia recibida del padre. ¡Pobre señor! Desde entonces le consideré como un criminal digno del mayor castigo, y le miré con odio: más criminal que el que se conforma con producir la muerte, pues él se había complacido en dar la vida á un ser con el único objeto de quitársela... ¡Oh, no! Yo no podía hacer otro tanto: no debía hacerlo. Sufriera yo en buen hora mis soledades, mis martirios de amor sin esperanza, si de este modo libraba á mi conciencia de la horrible pesadumbre de un crimen... Cada vez que mi voluntad flaqueaba, bastábame recordar la muerte de aquella criaturita, asfixiada, sin aire, como un pajarito á quien se oprime por debajo de las alas...

Enc. ¡Ay, Josefina! No insistas en eso. Ya me parece que me falta la respiracion...

Jos. ¡Tontuela! Por fortuna no puedes tener miedo á tal cosa. ¡Quién como tú, tan robusta, tan saludable! Nunca la envidia anidó en mi alma, sino en los tiempos en que me creía tan enferma. Ni las riquezas ni los honores ajenos me conmovieron jamás: ¡la salud, sí! ¡Con qué envidia miraba á las mujeres del pueblo, á las pobres obreras, tan sanas, aptas para trabajar, para vivir, para ser felices al lado de su marido y de sus hijuelos! ¡Cómo hubiera cambiado mis vestidos por sus andrajos, mi lujosa vivienda por su mísera guardilla, con tal de ver sustituída también mi enferma contextura por su naturaleza rebosante de vigor! Así pasaron varios meses: ¡qué horrible temporada! Ya mis ojos no tenían lágrimas, ni mi pecho suspiros. En vano mi padre y nuestro médico trataban de convencerme con razones, que yo tomaba por piadosas mentiras. Yo no estaba precisamente mala, pero una aprensión horrible me consumía: y, si bien no volví á escupir sangre como aquella vez, la tosecilla,

una tosecilla seca que—ya lo ves, ahora mismo—(Josefina tose: en el curso de la representación lo habrá hecho otras veces. Como este papel queda encomendado al talento de la actriz encargada de representarlo, quedan en él suprimidas las acotaciones.) sigue molestándome de vez en cuando, me parecía síntoma implacable de un fin próximo. ¡Qué bobada! Ahora puedo reirme de mis necias preocupaciones.

Enc. Pero ¿cómo te convenciste? Cuenta, mujer, por Dios, que la curiosidad me mata.

Jos. ¿Que cómo me convencí? Pues muy sencillamente: yendo á consultar á un médico desconocido.

Enc. ¿Y te atreviste?

Jos. ¡Vaya si me atreví! Estaba muy desesperada para no atreverme á algo decisivo.

Enc. ¿Y tú sola?

Jos. Con la señora de compañía. Al salir de casa la dije: «Hoy no vamos de paseo: vamos á ver á un especialista, para que me reconozca.»—Ella se encogió de hombros. «Bueno.» —Ventajas de estar tan sola como yo estoy y tan libre: váyase por los inconvenientes que tiene el vivir casi privada de afecciones y de familia... Fuimos á casa del doctor Núñez, una eminencia. Cuando me llegó el turno, le dije con la mayor frescura: «Doctor, soy sola en el mundo; nadie más que yo tiene interés por mí: dígame con toda franqueza la clase de enfermedad que padezco.»—Me auscultó, me reconoció detenidamente; yo esperaba el resultado con la ansiedad del reo que aguarda su sentencia. —«¿Estoy muy mala, doctor?»—Y él: «Nada de eso, hija mía: me complazco en asegurárselo.»—«Pero, ¿de veras no estoy tísica?» —«¡Y tan de veras! Ha tenido usted sin duda un catarrillo, y esa pequeña tos que nota, es una reliquia insignificante de aquel padecimiento: debe cuidarse para evitar que se reproduzca, pero nada más.» — Quise abrazar al doctor. Salí de su casa ebria de entusiasmo. Inmediatamente puse un telegrama á Pepe, diciéndole: «Si no has dejado de quererme, ven al momento: estoy

buena y nada se opone á que sea tuya.»—Esto fué anteayer al medio día. Por la tarde, ya recibí la contestación: «Te quiero más que nunca: salgo al punto para Madrid.» Y esto es todo. Por la noche, en casa de la baronesa, ví á *Cinamomo*, el cronista de salones, que pescó la noticia para darla en su primera crónica: por eso la has leído hoy.—¿Estás ya satisfecha de mis explicaciones? ¿Me guardas rencor todavía?

Enc. (Abrazando á Josefina.) Muy alegre estoy, y rabiando por quitarte el primer ramito de azahar de tu vestido de novia: á ver si tengo buena mano. De modo que Pepe está para llegar...

Jos. ¿No te digo? De un momento á otro. Cada vez que oigo la campana de la verja, me figuro si será él... (Óyese la campana.) Ahora parece que suena...

Enc. (Mirando por el balcón.) ¿A ver?... No: es el cartero.

Jos. (Demudada: con el terror retratado en el rostro.) ¡¡El cartero!!

Enc. Tal vez te escriba...

Jos. (Maquinalmente.) Sí... dices bien... Es posible...

Enc. ¿Pero no sales á mirarlo? ¡Jesús, que cuajo tienes! En tu pellejo podía estar yo.

Jos. Tienes razón. (Asomando á la puerta.) ¡Rafaela!

ESCENA VI

DICHAS y RAFAELA

Raf. (Desde la puerta.) Señorita. (Lleva en la mano varias cartas.)

Jos. Deme usted las cartas que acaban de traer.

Raf. Son todas para el señor, señorita.

Jos. No importa: yo las dejaré luego en su despacho.

Raf. Está bien. (Entrega las cartas á Josefina y se va.)

ESCENA VII

JOSEFINA y ENCARNACIÓN

Josefina deja las cartas sobre un velador: se pasa la mano por la frente y cae sobre una silla, como anonadada

Enc. (Acudiendo en apoyo de su amiga.) ¡Josefina! ¿Estás mala? ¿Qué te sucede?

Jos. Es que... me falta valor... ¡Que me da miedo!...

Enc. Pero, ¿miedo de qué? ¿De que no te escriba Pepe? ¿No dices que va á venir?

Jos. No, Encarnación; no es eso... Es... que no te lo he dicho todo... He omitido la última parte de mi historia; y mi omisión no fué intencionada, bien lo sabe Dios; alucinada por la alegría, me olvidé del epílogo...

Enc. Pero, ¿qué epílogo es ese?

Jos. Verás. Pasado el primer momento de entusiasmo, al saber que estaba buena, surgió en mí la duda. ¿Y si el doctor no me había dicho la verdad? ¿Y si le dió compasión de mí y me había mentido piadosamente?... Para persuadirme, tomé papel timbrado con el nombre de mi padre: escribí á máquina una carta en su nombre, suplicando al Doctor le dijese el resultado de mi consulta, y firmé con su estampilla...

Enc. ¡Pero, criatura! ¡No eres poco desconfiada' ¿Cómo había de ocultarte la verdad, si le dijiste que eras sola en el mundo?

Jos. Qué quieres... Ya me arrepiento de haberlo hecho; ¡era tan hermoso creer en mi salud, aun siendo todo mentira!...

Enc. ¡Bah! No seas tonta... Pero, ¿por qué no sales de dudas de una vez? Busca la carta, léela y tranquilízate. ¡Jesús! ¡Buena era yo para estar con esa pachorra!

Jos. No me atrevo.. No me atrevo...

Enc. Si yo la conociera por el sobre... (Busca entre las cartas.) ¡Sí! Mira: aquí hay una con un membrete que dice: «Clínica del doctor Núñez.» ¿La abro?

Jos. (Cogiéndola de manos de Encarnación.) ¡No! Me ocultarías la verdad. Quiero leerla yo misma, para convencerme. Ea, valor. (Rasga el sobre.) ¡Dios mío! ¡Madre mía!... (Lee.) «Distinguido señor: Comprendo que sus ocupaciones no le permitan venir á consultarme acerca de la salud de su hija. Ya supuse que me engañaba al decir que no tenía familia. La reconocí con el mayor detenimiento, y tengo el grandísimo pesar de manifestarle, ya que usted exige de mí una franqueza absoluta, que padece una grave afección pulmonar, consecuencia, tal vez, como ella temía, de la herencia materna...» (Se le cae la carta de las manos; sufre un desvanecimiento.)

Enc. (Sosteniéndola.) ¡Josefina, por Dios!

Jos. (Sacando fuerzas de flaqueza.) No... Deja... No es nada... Un desvanecimiento... (Tose. Al limpiarse la boca con el pañuelo, dice aterrada:) ¡Sangre!... ¡Sangre otra vez!... (Dominándose, en sublime rasgo de resignación.) Pero, no importa; ¿qué hemos de hacerle? Lo que siento es haber avisado á Pepe... ¡Pobre Pepe!... Un desengaño más... Pero no es culpa mía...

Enc. ¡Josefina, por Dios, tranquilízate!... ¡Quién sabe!... Todo tiene remedio...

Jos. Esto no: si lo tuviese, lo hubiera indicado.

Enc. A lo mejor... la naturaleza cambia... Casándote tal vez mejorarías...

Jos. (Enérgica.) ¡Oh! Eso nunca. ¿Lo oyes? ¡Nunca! No quiero ver algún día cerca de mí, reproducido en un hijo de mis entrañas, el espectáculo de aquella criaturita muriendo por falta de respiración... como un pájaro... ¡Oh! ¡Jamás!...

Enc. ¿Y qué vas á decir á Pepe cuando venga?

Jos. (Acongojada.) ¡Oh! No sé. ¡Pobre Pepe! ¿Qué pensará de mí? (Suena la campana de la verja.)

Enc. ¿Oyes? La campanilla de la verja...

Jos. Es verdad... (Atisba desde el balcón.) ¡Es él! ¡Con qué gallardía se dirige hacia aquí! Cree que marcha hacia la felicidad... Quiero contemplarle por última vez... ¡Por última vez!... (Cae de rodillas, sollozando. Encarnación se limpia los ojos con el pañuelo.)

ESCENA VIII

DICHAS y RAFAELA

Raf. (Entrando, muy alegre.) ¡Señorita, señorita!

Jos. (Conteniendo su dolor; levantándose.) ¿Eh?

Raf. ¡El señorito Pepe! ¿A qué habitación le paso?

Jos. (Enérgica.) A ninguna. Dígale usted que no puedo recibirle. (Ante la sorpresa de Rafaela.) Sí, sí; que no puedo recibirle. Que se vaya.

Raf. (Obedeciendo, desconcertada.) Está bien (Vase.)

Enc. ¡Pero, Josefina!... Al menos, recíbele, habla con él...

Jos. ¡No, Encarnación! ¿No comprendes que le quiero mucho y no tendría valor para hacer lo que debo?...

Raf. (Volviendo á entrar.) Dice que á qué hora vuelve... Que el telegrama de la señorita...

Jos. Dígale usted que yo no le he dirigido tal telegrama. Que no vuelva á acordarse de mí... ¡Que he muerto para él!... (Vase Rafaela.) Y muy pronto moriré para todos... (Suena un portazo.) ¡Ya sonó la puerta!... ¡Ya se fué!... (Llora.)

Enc. ¡Josefina! ¿Qué has hecho?

Jos. He cumplido con mi deber .. ¡Pero me he destrozado el alma! (Las dos amigas se abrazan llorando. Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta